

tulado *El Predicador* de Sanchez Valverde, y el *Aparato de elocuencia para los oradores* de Soler de Cornellá. Se tradujo la Retórica Eclesiástica de fray Luis de Granada, se vertieron también al castellano los mejores sermonarios franceses, y se establecieron conferencias de retórica en los seminarios. Al propio tiempo preladados de muchas y buenas letras, de aquellos que con su singular tino sabía escoger Carlos III, con dignas pastorales y con el ejemplo propio enseñaron y restauraron la verdadera elocuencia, tal como el señor Climent de Barcelona, Lorenzana de Toledo, Bertran de Salamanca, y Bocanegra de Santiago; en términos que pudo ya decir este último en una de sus pastorales: «Hoy está muy reformado en nuestra nación el sagrado ministerio del púlpito» y el erudito Capmany: «La cátedra sagrada ha recobrado en España sus antiguos derechos, la persuasión evangélica, la sencillez apostólica, etc. (1).»

La misma *Filosofía de la Elocuencia* de Capmany era al propio tiempo un testimonio del progreso y un medio para progresar más en la restauración del buen gusto literario. Las academias no estaban tampoco ociosas, y su sistema de certámenes y premios para las producciones más sobresalientes de la pureza, propiedad y elegancia de lenguaje y de estilo, fueron también estímulo poderoso para estudiar y lucir las galas y primores de la rica y armoniosa lengua castellana (2). Las discusiones de las Sociedades Económicas preparaban en cierto modo a la *Elocuencia política y popular*, que entonces no tenía otro teatro en qué desarrollarse. Y de lo que se había reformado y mejorado el gusto en la *Oratoria del Foro*, viciado también como el de todos los géneros de elocuencia, dan brillante testimonio las vigorosas y bien razonadas alegaciones de los juriconsultos, y las consultas y dictámenes llenos de profunda doctrina y de variada erudición de los ilustrados fiscales del Consejo de Castilla que tantas veces hemos citado.

Publicando desde Italia Historias de la *Literatura Española* los jesuitas expulsos de España, ya con el título de *Ensayo apologetico*, ya con el de *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, ya en forma de cartas y respuestas, volvían los ilustrados abates Lampillas, Andrés y Serrano por la honra literaria de España, vulnerada en los escritos de los italianos Bettinelli y Tiraboschi; y haciendo este importantísimo servicio a su nación, al tiempo que deshacían las calumnias ó los errores de los críticos extranjeros, daban una lección de patriotismo á sus propios compatriotas, y desenojaban al monarca mismo que los había expulsado, el cual, nunca indiferente á tales pruebas de saber y de abnegación, les duplicó las pensiones: que si no fué gran largueza, fué no poco de estimar procediendo de quien había sido siempre tan profundamente desafecto á los regulares de aquel instituto. Con pensiones remuneró también á otros dos religiosos españoles, de la orden de San Francisco de Granada, que con el propio objeto de desagaviar la literatura escribían en aquel tiempo la *Historia literaria de España desde la primera población hasta nuestros días*. Eran estos los padres Mohedanos, fray Gabriel y fray Pedro, lectores jubilados, y académicos de la Historia, que aunque trabajaron con mejor intención que criterio, y con menos fruto para las letras que el que me-

(1) Son notables las siguientes frases del arzobispo Lorenzana en sus *Avisos á los predicadores de su arzobispado*: «En los sermones nunca, ó muy rara vez se ha de usar de noticias fabulosas de los dioses... En citar los pasajes de historia eclesiástica ó profana se ha de tener grande cuidado... En referir ejemplos de milagros, de almas condenadas ó salvadas, y de apariciones, han de ser muy cautos los predicadores... Es mejor que el sermón sea breve que largo; porque si son buenos, se oyen con ansia y gusto, y si son malos, molestan y desagradan... Aun en los que se llaman de Misión juzgamos que es imprudencia tardar tanto como acostumbra algunos, sin hacerse cargo de que son hombres y mujeres los oyentes, sujetos á mil achaques, y que no pueden salir fácilmente y sin vergüenza del concurso, y son muchos los accidentes y congojas que padecen... No aprobamos el sacar calaveras, condenados, ni pinturas horrosas, ni aterrar demasiado á los oyentes... los sollozos extremados, las voces lastimeras, las bofetadas no son propias de la gravedad del púlpito, etc.»

(2) De este tiempo son los premios que obtuvieron en la Real Academia Española, Viera y Clavijo, Conde y Oquendo, y Vargas Ponce por los *Elogios de Felipe V* y de *Alfonso el Sabio*.

recia su perseverancia, se hicieron altamente recomendables por su celo y esfuerzos, no solo en esta publicación, sino en el impulso y fomento que dieron á los estudios de matemáticas y física, de las lenguas griega, hebrea y árabe (3).

Con más ó menos tino y acierto en la elección, pero siempre con utilidad para la ilustración pública, se hacían colecciones de las producciones literarias más notables de los anteriores tiempos, especialmente de las poéticas en sus diferentes géneros, para que pudieran servir de modelos á los que se daban á esta clase de literatura, y de testimonio del gusto y adelantos de cada época. Tales fueron las que con los títulos de: *Colección de poesías anteriores al siglo XV*, *Parnaso y Teatro Español*, dieron á luz Sanchez, Lopez Sedano y García de la Huerta. Saforcada escribía su *Biblioteca de Traductores*; Viera y Clavijo, y Sempere y Guarinos daban el modesto título de *Ensayo*, el primero á la *Biblioteca de Autores Canarios*, el segundo á la *suya de los mejores escritores del reinado de Carlos III*.

Bien podemos incluir también en el catálogo de los de esta época (aunque las principales de sus muchas é interesantes publicaciones pertenecen al reinado anterior) al ilustre don Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores (4), que por desdicha suya, cuando había ganado ya harta fama literaria, y no necesitaba de nuevas producciones para asegurar la que en el mundo de las letras había adquirido, quiso, en mal hora para él, dar todavía suelta á su incansable y fecunda imaginación con opúsculos que no le acarrearán sino disgustos y persecuciones. Tales fueron la colección de varios escritos *relativos al Cortejo*, y el *Ensayo del Escritor Satírico*. El estilo sarcástico que empleó en ellos contra los abusos del poder y las costumbres de su tiempo, en ocasión que acontecía el motín de Madrid de 1766, dieron pie á que se le atribuyeran ciertos folletos anónimos que se encontraron excitando á la rebelión, desterrósele de la corte, y se le encerró, primero en el castillo de Alicante, y después en el de Alhucemas (5).

En este universal movimiento literario no era posible que se quedara rezagada en la marcha de la regeneración la *Poesía*, que es una de las formas en que se refleja más el espíritu, el gusto y la cultura de cada época. Corrompida y estragada en los últimos reinados de la dominación austríaca como su hermana la elocuencia, y reducida como ella á un hinchado y conceptuoso culteranismo del más depravado gusto, cuando no caía en una vulgaridad rastrera, ya en los reinados de los primeros Borbones la habían como detenido en su descarrilamiento la Poética de Luzán, la crítica de Feijóo y los ejercicios y certámenes académicos. Sin embargo las infinitas composiciones en verso con que se celebró la venida de Carlos III á España mostraban bien claramente que solo algún poeta desputaba entre la multitud de malos, insulsos y extravagantes copleros. Mas como la semilla estaba echada y había ido germinando, y no le faltaba el fomento y el estímulo de la protección, pronto se vio brotar ingenios que la desnudaran de ridículos atavíos y le fueran volviendo la elegante sencillez y naturalidad de que nunca hubiera debido ser despojada, siendo uno de los primeros á obrar esta provechosa transformación don Nicolás Fernandez Moratin, que cultivó, aunque unos con éxito más feliz que otros, casi todos los géneros de la poesía, el lírico, el épico, el didáctico y el dramático. *Las Naves de*

(3) Una pensión de mil ducados señaló Carlos III á los PP. Mohedanos. Lo que estos dos religiosos trabajaron en favor de las letras españolas puede verse en el *Ensayo de una Biblioteca*, de Sempere y Guarinos.

(4) Puede verse lo que sobre este esclarecido escritor dijimos en el capítulo último del reinado de Fernando VI.

(5) Aunque en 1772 recuperó su libertad, y se le devolvieron todas sus consideraciones y preeminencias, la cruda persecución que sufrió le había afectado tanto, que sucumbió aquel mismo año, el día que cumplía los cincuenta de su edad, en su hacienda del Cruzado, á tres leguas de Málaga. Tenemos á la vista una reseña biográfica de este fecundo escritor, hecha por uno de sus ilustres descendientes, juntamente con una noticia ó catálogo de todas sus obras y colecciones de documentos, que por real orden de 1795 se hicieron venir á la Real Academia de la Historia, donde se conservan, aunque á condicion, según afirma su deudo, de que se volverían á su familia los originales luego que la Academia hubiese sacado copias, y de que se le remitiría para su satisfacción un ejemplar de las que se publicaran, expresando el nombre del autor.

Cortés destruidas, el poema de *Diana ó arte de la Caza*, *Las fiestas de toros en España*, la comedia *La Petimetra*, y las tragedias *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzman el Bueno*, aunque no todas de igual mérito, tienen sobrado algunas para dar reputación á su autor, y para que no pudiera dudarse de que la poesía castellana entraba ya en el período de su restauración iniciado por Luzán.

Poeta también, no menos que crítico, el autor de *Los Eruditos á la violeta*, de genio expansivo y de carácter simpático, al leer la suavidad apacible que respiran las poesías de don José Cadalso nadie hubiera podido creer que fuesen obra del intrépido oficial que se malogró manejando con el rigor del guerrero los instrumentos de muerte en el sitio de una plaza. No eran ciertamente las pasiones bélicas, sino sentimientos de humanidad y de ternura los que se descubrieron en los *Ocios de mi juventud*, en los *Desdenes de Filis*, y menos todavía en su donosa composición *Sobre no querer escribir sátiras* (1).—Ocupó un puesto muy distinguido entre los restauradores de la poesía don Tomás Iriarte, que debía su educación literaria á su tío don Juan, bibliotecario del rey. Traductor de la *Epístola á los Pisones*, de varios libros de la *Eneida*, y de otras obras latinas y francesas, autor del poema *La Música*, y de varias comedias, entre ellas *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, hizo principalmente notable por su colección de *Fábulas* originales, y más especialmente por su calidad de *Literarias*, pues era el primer fabulista de todas las naciones que las aplicaba á ridiculizar los vicios de la literatura, y supo hacerlo con gracia, naturalidad, facilidad y soltura.—Otro fabulista, don Félix Samaniego, lucía también su ingenioso donaire y su atractiva naturalidad en otra colección de *Fábulas morales*, unas de propia invención, otras entresacadas de las mejores de Esopo, Fedro, Lafontaine y Gay.

Dentro del claustro, y vestido con el hábito de San Agustín, pero en contacto amistoso con los literatos del siglo, y querido de todos por la dulzura de su carácter, la bondad de su genio y la amabilidad de su trato, florecía otro de los restauradores del buen gusto en la poesía castellana, que toman-

(1) En esta última composición se expresa así, contestando á los que le incitaban á que dejando los asuntos tiernos empleara su pluma en satirizar los vicios y pasiones de los hombres:

Léjos de contentarme,
prosiguen con más fuerza en incitarme
á que deje los huertos y las flores,
pastoras y pastores,
viñas, arroyos, prados,
ecos enamorados,
la selva, el valle, la espesura, el monte,
y que no imite al dulce Anacreonte,
al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
á Cátulo amoroso, á Lope fino,
ni á Moratin divino,
que entre estos tiene asiento en el Parnaso;
sino que la tranquila musa mía,
de paloma que fué se vuelva arpía.
Que los vicios pondere con fiera,
que haga gemir á la naturaleza
bajo los golpes de mi ingrata mano...
pero así como tiemblan sorprendidos
los villanos de un pueblo, acostumbrados
á su quietud, cuando la vez primera
penetra sus oídos
la música guerrera,
cuando llegan soldados
de rostros fieros y de extraños trajes,
con estrépito horrendo
de hombres, y caballos, y equipajes:
y se dividen con igual estruendo
por la pequeña plaza en cortos trozos,
y los viejos refieren á los mozos
que aquellos monstruos matan á la gente
y se comen los niños fieramente;
y cada madre esconde y encomienda
á su Dios tutelar la dulce prenda
del matrimonio santo.
Pues así yo, con no menor espanto
de los nombres y ponderaciones
de vicios y pasiones, etc.

do por modelos á Horacio y á Fr. Luis de Leon, acertó á unir la ocupación grave del poeta religioso vertiendo al español himnos y salmos sagrados, con el festivo recreo del poeta del siglo celebrando las bellezas humanas en versos castos y puros, y aun empleando la musa satírica con un gracejo casi imitable. Solo conociendo por sus biógrafos la vida virtuosa del maestro Fr. Diego Gonzalez, que es el poeta á quien nos referimos, se desvanece todo pensamiento ó juicio desfavorable que pudiera sugerir el ver celebradas por su dulce y graciosa lira dos bellas damas, Mirta y Melisa, la primera de las cuales, que sería la más favorecida, fué la que le inspiró su célebre *Invectiva contra el Murcielago alveoso*, bastante ella sola para dar fama á un poeta, y que al cabo de cerca de un siglo apenas hay quien no la haya aprendido de memoria, y la pueda repetir casi de coro.

Pero sin duda alguna el verdadero restaurador de la poesía española, el que le restituyó todo su lustre, añadiéndole el que era propio del gusto de aquella época, el primer genio lírico del pasado siglo fué el dulce, el suave, el armonioso don Juan Melendez Valdés, digno de figurar con gloria en las más altas gradas del Parnaso, con Garcilaso y Herrera, con Villegas y Leon, tan fecundo como delicado y ameno, que en sus *Anacreónticas* é *Idilios* no ha tenido igual, y aun sobrepujó á sus modelos, y que en todas sus composiciones desde la *Egloga en alabanza de la vida del campo*, laureada por la Real Academia Española, hasta la *Canción á la muerte de su querido amigo el coronel Cadalso*, se ve la suavidad del colorido que sabía dar á las galas, la delicadeza del sentimiento, la gallardía de su imaginación, así en lo sencillo como en lo majestuoso; y como dice un erudito escritor, «en sus admirables versos campeaban juntas la elegancia y la sencillez, el color y la exactitud, la nobleza de los pensamientos con el agrado é interés.» En *Las Bodas de Camacho el Rico*, comedia pastoral que compuso para representar en unas fiestas en el teatro de la Cruz, describió los tiernos é inocentes amores de un pastor y una pastora con una interesante naturalidad que no desmerecía en nada de la del Taso en su *Aminta* (2).

(2) Hay poco ciertamente que pueda igualar la siguiente cándida pintura que el pastor hace de sus amores:

Pared en medio la enemiga mía
de mi casa vivía:
casi á un tiempo nacimos,
y casi ya en la cuna nos amamos.
Apenas empezaba
á hablar aun balbuciente,
ya con gracia inocente
decía que me amaba,
y á mis brazos corría,
y los suyos me daba y se reía.
Yo la amaba también, y con mil juegos
pueriles la alegraba,
ya travieso saltando
tras ella en la floresta,
ya su voz remedando
con agradable fiesta...
una la voluntad, uno el deseo,
una la inclinación, uno el cuidado,
amar fué nuestro empleo
sin saber qué era amor; en tanto grado
que ya por la alquería
de todos se notaba, y se reía
nuestra llama inocente...
¡Ay, qué felices días!
¡qué sencillas y puras alegrías!
Si ella se enderezaba hácia un otero,
yo estaba allí primero;
y si al valle bajaba,
en el valle esperándola me hallaba.
No hubo flor, no hubo rosa de mi mano
cogida, que en su mano no parase;
no hubo dulce tonada
que yo no le cantase;
ni nido que en su falda no pusiese.
Mis cabritos saltando la seguían,
y la sal sus corderas me lamian
en la palma amorosas.